



## El comercio de plantas medicinales

Paúl Hersch

¿Desde hace cuánto tiempo las plantas medicinales han figurado en tianguis y mercados?... Tiempo hace: siglos, tal vez milenios. Plantas que acompañan al hombre, plantas útiles que persisten como recurso. Al tianguis que acudamos, a la feria regional que visitemos, al mercado de la colonia cercano a casa donde vayamos, encontramos esta ubicua figura de la planta medicinal que, fresca o seca, es, en función de su utilidad, mercancía. Mercancía que tiene años de serlo, tal vez una decena de las mercancías en numerosos países y culturas. Mercancía hoy de moda, reciclada, que atraviesa clases sociales: puede ser vista ahí en la banqueta, en montoncitos tendida, o bien empacada ahora elegantemente, arropada en el vestido plástico que la presenta en estantes de tiendas de autoservicio.

A pesar de los giros que las modalidades terapéuticas imprimen a la planta medicinal, inmersa hoy también en el bastante comercializado "retorno a la naturaleza", el esquema de abasto de la planta medicinal en nuestro país poco ha variado desde hace siglos.

Sabido es que la mayor parte de las plantas medicinales en uso en México son de origen silvestre: no se cultivan. Se recogen como hace unos 8,000 años nos refieren que se recogía todo; se recogen sin mediar cultivo, como en tiempos de las poblaciones nómadas, antes de que se iniciara la domesticación de especies, de plantas y animales.

Esta forma de abasto, rudimentaria, corresponde a la marginalidad que en términos académicos y asistenciales opera para la medicina que hace de las plantas medicinales su principal recurso terapéutico; es decir, una medicina en muchos aspectos precapitalista, se nutre de un esquema de abasto en muchos aspectos precapitalista: la simple y llana recolección.

Así, tanto las especies medicinales procedentes de zonas secas y calurosas -la mayor parte de las tierras arboladas del estado de Morelos, llamadas "selva baja caducifolia"- como son el Cunchalalate (*Amphypterygium adstringens*), el Palo Brasil (*Haematoxylon brasiletto*), la Cancarina (*Hemiangium excelsum*), como de zonas desérticas, como la Gobernadora (*Larrea tridentata*) o más frías, como el Gordolobo (*Gnaphalium* sp), son plantas silvestres.

Y en la recolección de plantas, como es de esperarse, no existe programación productiva alguna. Si a éste predominio de la colecta sobre el cultivo, existente en las plantas medicinales, se añade el incremento en la deman-

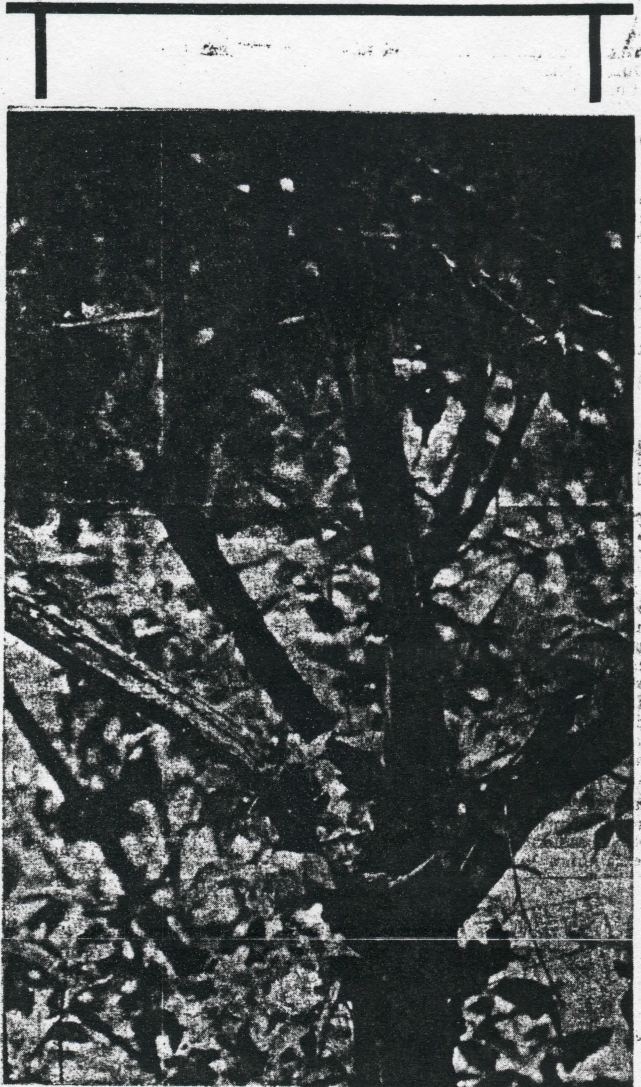
da de las mismas por presiones demográficas de los grandes centros de población o por la precariedad en las condiciones de vida rurales, tenemos un efecto previsible: la afectación de las poblaciones vegetales.

Ya hace algunos años, en 1988 en Tailandia, se realizó una reunión internacional para estudiar la situación de amenaza que actualmente sufren las plantas medicinales en todo el mundo. Se ha calculado que una extensión de bosques tropicales equivalente al territorio de Austria se afecta severamente cada año, y que cada día son cinco las especies vegetales que se extinguen, la mayor parte de ellas inexploradas, desconocidas en cuanto a su potencial.

Las conclusiones de la reunión a la que se alude fueron precisas, en el sentido de subrayar el peligro que corren las plantas medicinales hoy que avanza al parecer inexorablemente el proceso de urbanización, contaminación e industrialización en nuestro planeta. Se afirmó, entonces, que salvar plantas equivale a salvar vidas, por la utilidad que para el hombre reportan y han reportado las plantas con respecto a su salud. También se hizo mención de que la afectación de las especies vegetales ha corrido paralela con la afectación de las culturas indígenas, portadoras de valiosos conocimientos acerca del uso de la flora.

Así, tenemos en nuestro país, una situación similar. Las condiciones de vida del campesinado en las zonas de abasto de planta medicinal se han deteriorado desde hace años, en particular desde principios de los años ochenta. Ante el abandono en que se encuentran muchas zonas rurales, en la persistencia de las estructuras de explotación que posibilitan una mano de obra barata para las ciudades y la industria, familias enteras migran al medio urbano, se incrementa la emigración a los Estados Unidos, el cultivo de estupefacientes y también la explotación de los recursos naturales silvestres, entre los cuales se encuentran las especies de que hemos estado tratando.

Recurso silvestre es el copal, para usos rituales, vendido en ferias regionales como la de Tepalcatingo. Recurso silvestre es la vara, vendida por los sembradíos morelenses de jitomate; Recurso silvestre es la planta medicinal: en zonas de colecta que abastecen a la ciudad de México y otros centros de población con especies de la selva baja caducifolia, como son las del suroccidente poblano, la cantidad de recolectores de planta medicinal se ha intensificado, y los nuevos recolectores,



LA QUINA amarilla sin corteza.

urgidos, no observan los procedimientos tradicionales de extracción que dejaban una parte de la planta sin explotar. Se extrae ahora toda la corteza de los árboles medicinales: se extraen las raíces en toda su extensión, y cada vez se encuentran más lejos algunas especies, como es el caso de la Cancarina o de la Quina roja (*Simira mexicana*), ahora procedentes de Guerrero porque ya en

vastas extensiones de la zona son escasas.

El asunto tiene entonces diversas facetas: la afectación de la flora expresa la afectación del campesinado; el medio ambiente, en su integridad, se cimbra; históricamente, el flujo hacia las urbes deja empobrecidas regiones enteras. No hay solución ecológica si la ecología es sólo una moda aséptica.

# “El concepto del mercado prehispánico”

Bárbara Konieczna

El sistema de los mercados en los tiempos precolombinos en México, formaba parte esencial de la economía de todos los sectores de la sociedad. Cuando vinieron los primeros españoles a estas tierras, les llamó mucho la atención la importancia que se daba a los mercados, su grandeza y la organización del comercio, en general. Por esta razón, muchos cronistas dedicaron parte de sus descripciones a los mercados, entre ellos se encuentran Sahagun, Durán, Bernal Díaz del Castillo y el mismo Cortés.

Gracias a la información que nos dejaron, hoy podemos reconstruir el funcionamiento de los mercados, la organización de los mercaderes y todo lo concerniente a la red de comercio en la época inmediata anterior a la conquista española.

Muchos autores han estudiado los mercados en el contexto de la economía prehispánica en general, tratando de definir de que tipo de economía y sociedad se trataba (en cuanto a la centralización del poder en base a la propiedad de los medios de producción y acaparamiento de los excedentes, etc.). Las teorías varían un poco de un autor a otro, pero todos coinciden en que el sistema de los mercados desempeñaba un rol principal en cuanto a la redistribución de bienes de todo tipo y a todos los niveles de la población.

Pedro Carrasco cita al gran estudioso de los sistemas económicos preindustriales, Polanyi, sobre la definición del mercado: “sistema de intercambio en el que participan una multitud de ofertores de ciertos bienes y una multitud de demandantes, con la libertad de escoger, unos y otros, la contraparte con quien hacer los cambios”.

El funcionamiento de un mercado se compone de diferentes niveles de interacción. Mientras en el proceso de reciprocidad, se intercambian los objetos o servi-

cios, sin determinar su valor, en ambas direcciones de los integrantes del compromiso, en el proceso de redistribución, el movimiento de la mercancía es en una sola dirección, partiendo del productor, revendedor o intermediario, hacia los consumidores y cada objeto o servicio tiene su valor establecido dentro del mercado en que se maneja.

Según la mayoría de los autores, el mercado prehispánico corresponde al llamado “mercado dirigido” a diferencia del mercado autoregulado del sistema capitalista (mercado libre). En el mercado dirigido se contemplan tales puntos como: el derecho de la propiedad, normatividad del uso de la propiedad, acceso y contratación y tasación de los precios. A su vez, estos puntos van en relación con la sociedad de clases, donde los derechos están restringidos a ciertos sectores de la población. Dicho en otras palabras y simplificando: 1. Debe existir un excedente productivo que permita su “venta” 2. ¿Quién es el dueño del excedente? (puede ser el mismo productor que es dueño de los bienes que produce o puede ser un arrendatario, que ejecuta el trabajo sobre la materia que no es de su propiedad, problemática que conlleva a la definición de la propiedad de los medios de producción, al igual que de la mano de obra). 3. El Estado norma los precios con la finalidad de tener ingresos y mantener el aparato estatal, redistribuyendo a la vez parte de las ganancias en las obras del uso común.

En la época prehispánica podemos hablar de tres formas de intercambio:

1. Los tianguis (mercados locales)
2. Los revendedores (regatones-tlanecuilos)
3. Comercio a largas distancias (los pochtecas, oztomeca).

El tianguis, fue la instancia inmediata donde un productor, artesano o habitante común podía adquirir los bienes para satisfa-



UNA PARTE del mercado de Tenochtitlan, según la maqueta del Museo Nacional de Antropología e Historia.

cer sus necesidades, y no necesariamente con fines de lucro. Según la cantidad de población del lugar, los mercados se hacían en los intervalos de cinco o 20 días, o a diario, como es el caso de Tenochtitlan. Aparte existían las ferias anuales dedicadas a una deidad determinada y le acompañaba un gran mercado. Los cronistas describen una gran afición de la población a los mercados. Es interesante la observación de Durán sobre este gusto: “... son los mercados tan apetitosos y amables a esta nación y de tanta fruición que acude a ellos y acudía en especial a las ferias señaladas gran curso de gente como a todos es manifiesto. Pareceme que si a una india tianguera hecha a cursar los mercados le dicen mira hoy es tianguis en tal parte cual escojeras más aina irte desde aquí al cielo o ir al mercado sospecho que diría dejeme primero ver el mercado que luego ire al cielo y se holgaría de perder aquel rato de gloria por ir al tianguis y andarse por él paseando de aquí para allí sin utilidad ni provecho ninguno sólo por dar satisfacción a su apetito y golosina de ver el tianguis...”

El mismo cronista, en otro pasaje de su crónica cita: “...diré lo que me aconteció con un señor de un pueblo al cual rogándole que acabasen cierta obra que estaba empezada en la iglesia me respondió: padre no sabes que mañana es gran fiesta en este pueblo como quieres que trabajen déjalos para otro día y miré el calendario en todo mi juicio para ver que santo era y no hallé fiesta ninguna y al riéndome me dijo no sabes que es fiesta mañana del tianguis que hay en este pueblo y que no queda hombre ni mujer que no sale a solemnizarlo de las cuales palabras note la fiesta y solemnidad que es para ellos el mercado y mucho más antiguamente a causa de que entonces había en ello superstición y agüe-

no costumbre o vicio en los que van allí valdíos...”

El mercado fue el único lugar donde se permitía efectuar ventas o hacer tratos de servicios. La medida obviamente tenía el carácter político a pesar de que se le daba apariencia de mal agüero y de que se enoje el dios del mercado. En cada mercado existía un juez que vigilaba que no hubiera robos y que todo negocio se desarrollara dentro del orden establecido.

Los mercados se establecían en los lugares cerrados por todas partes con paredones y siempre de frente a los templos o a un lado de ellos. Se vendía en ellos una extensa gama de artículos y se podían conseguir servicios tales como; cargadores (tamemes), acarreadores del agua, etc. A los cronistas les llamó mucho la atención, sobre todo, el mercado de Tlatelolco, donde estiman que diariamente acudían de 40 a 60 mil personas, entre vendedores y compradores. Había además por disposición real mercados especializados, como lo fueron el de los esclavos en Azcapotzalco, el de joyas y piedras preciosas en Cholollan, el de cerámica en Texcoco, o el de perros en Acolman. El mayor de ellos fue el de esclavos, que producían muchas riquezas. En este punto hay que mencionar la diferente costumbre que existió en cuanto al enriquecimiento de los comerciantes. En México prehispánico, a pesar de las copiosas ganancias que se podía tener, sobre todo los del tráfico a largas distancias con artículos de lujo, se tenía que aparentar que no hay tal utilidad y mantener la modestia. Si alguien ostentaba sus riquezas quedaba penado por la corte real o hasta condenado a la muerte.

Sobre todo que se vendía en los mercados, precios y sus equivalencias, mercaderes llamados pochtecas que iban a otras tierras, se escribirá en los siguientes artículos de esta serie. CARGA



LOS CARGADORES de mercancías en Tenochtitlan.

# Los muertos de Tlayacapan

Bertha Barreto Zamudio

Son los días en que se da culto a los muertos, en los cuales se cree que los muertos regresan una vez cada año.

28 de octubre: Día de los "matados".

Para principiar describiré la llegada de los muertos que se dice, fallecieron en forma trágica éstos se recuerdan el día 28 de octubre, en el cual se les dedica a los que murieron por asesinato, accidente o alguno de otros casos tan especiales de muerte".

En Tlayacapan este día sólo se le ponen veladoras y flores de cempasuchil, y las fotos de los santos a los que se tiene más fe, así como también jarros llenos de agua o de chocolate con leche.

Esta fecha sólo la conmemoran exclusivamente, los casos de familias en la que exista un muerto de esta índole, se adorna el altar familiar.

31 de octubre a 1 de noviembre: muertos niños.

El 31 de octubre se empieza a adornar el altar por la tarde, esto se debe a que en Tlayacapan se tiene la creencia que los muertos empiezan a llegar a los altares alrededor de las 17:00 horas y se van a la 17:00 horas del día siguiente. (Informante, Raúl Flores Chávez, Barrio de Santa Ana).

En el caso del adorno, se puede encontrar en cada altar, velas, veladoras, así como también cempasuchil y terciopelo, tiene frutas como: plátanos, manzanas, naranjas, cañas, mandarinas etc.

En algunos casos se les pone un camino de pétalos de cempasuchil; desde la puerta hacia adentro, así como también sahumerios con copal porque según se piensa las almas de los difuntos podrán guiarse mejor por el olor y el camino que los lleva hacia la comida para que no se pierdan en el trayecto del viaje. (Informante, Teodoro Santamaría, barrio del Rosario).

Con respecto a la comida. Esta es especial, para los niños; y consiste en mole verde con charales y tamales de masa que tienen dentro frijol blanco como un tipo alu-

bia pero más pequeño. También se pone en jarros nuevos agua o chocolate con leche y pan.

Para terminar con el adorno de la ofrenda se puede decir que todo esto se pone en una mesa y arriba de esta se encuentran las diferentes imágenes a las que cada familia les tiene más fe.

1 de noviembre a 2 de noviembre: muertos mayores.

Ya para este día los niños se retiran a las 17:00 horas y es cuando llegan los grandes, a ellos se le pone lo siguiente:

Fruta: la que se puso para los pequeños.

Adornos: las flores de cempasuchil, terciopelo y nube.

Comida: En este caso la comida cambia; se hace mole de pipián, el cual se hace de mole verde (pepita), llamado pipián que se le agrega chiles secos molidos como puede ser, el guajillo o pasilla; y se ve como si fuera mole rojo, y en lugar de charales se come con pollo el cual se hierve entero, también se ponen tamales que están rellenos de frijoles en la ofrenda también se encuentra el pan, chayotes hervidos y dulce de camote morado que se hace como tipo puré, así como agua o chocolate.

El día primero de noviembre por la noche, va una banda a tocar al cementerio empieza cerca de las 20:00 horas y termina como a las 24:00 horas, esto dicen, la gente que asiste y los mismos de la banda, es para que los muertos estén contentos.

Desde el 31 se empieza a pedir lo que nosotros conocemos como calavera, pero que para las personas de Tlayacapan es pedir mole, la cual consiste en que los niños caminen casa por casa pidiendo que se les regale mole y otras cosas, como puede ser fruta o pan.

Comentaban que esta tradición sólo quedó para los niños pero que antes eran los mayores los que pedían, pero que poco a poco se quitó esto, porque les daba pena y sólo quedó entre los niños. (Informantes María de Flores, Juana Flores, barrio de Santa Ana).

En el caso de Tlayacapan me pude dar cuenta que la gente pone a sus muertos la comida en jarros grandes y no en forma individual, y sólo las velas, veladoras, pan y agua son para cada difunto.

Ya para el día dos en la hora de la comida antes de las 17:00 horas, se empieza a repartir la comida a toda persona que llegue a las casas sea invitado o no.

A las 17:00 horas del día dos, las personas se van al panteón, aunque como ya se ha dicho también estuvieron cuando la banda toca y cuando arreglan los panteones de sus difuntos. Este último es especial, porque es en este momento que la gente lleva flores y veladoras, empiezan a ir desde cerca de las 17:00 horas y se quedan acompañando a sus muertos hasta cerca de las 20:00 horas en el transcurso de ese tiempo adornan los panteones con flores de cempasuchil desechas, sólo se dejan los pétalos, para formar figuras como pueden ser cruces o coronas. Después se retiran del cementerio.

Interpretación:

Para comenzar se tomó en cuenta los meses que se podían identificar como octubre y noviembre en el libro de Sahagún y ver en cuál de los dos casos se les recordaban a sus muertos.

Si se habla de matados se pudo recordar que son los que murieron por un accidente, para la interpretación se tomó el mes de peilhuilit.

"En este mes hacían fiesta a honra de los montes... hacían las imágenes en figuras humanas a cada uno de ellos... hacían también estas imágenes en memoria de aquellos que se habían ahogado en el agua, o habían muerto de tal muerte, que no los quemaban sino que los enterraban" "después de con muchas ceremonias habían puesto en sus altares a las imágenes dichas, ofrecían también tamales y otras comidas, y también les decían cantares de sus lores y bebían vino por su honra". (Sahagún, 1969, Pág. 125).

También a las imágenes de los muertos les ponían sobre aquellas roscas de zacate... habíanlos puesto allí luego les ofrecían comida, tamales y masmorra o cazuela hecha de gallina o de carne de perro y luego los incensaban

eckando incenso en una mano de barro cocido, como cuchara grande llena de brasas, y a esta ceremonia llamaban caloneoc". (Sahagún, Op cit., Pág. 200).

Con estas citas se puede apreciar que los "matados" como en la actualidad los nombran también eran un motivo de celebración en la época prehispánica, por las circunstancias semejantes que se encontraron.

Así como también se ponían imágenes como ahora en Tlayacapan ponen la de los santos que más fe tienen, y también los altares con comida para esperarlos.

También tenían sus cantares y bebían vino, ahora en Tlayacapan el día primero por la noche se lleva una banda al cementerio y tocan y beben hasta muy entrada la madrugada.

Ya para el mes quechollí, para nosotros mes de noviembre se puede ver que:

"Al décimo cuarto mes llamado quechollí. Hacían fiesta al dios llamado Micrócallí".

"Ponían también juntamente con las saetas y teas dos tamales. Estaba todo esto un día entero sobre la sepultura y a la noche lo quemaban, y hacían otras ceremonias por los difuntos en esta misma fiesta". (Sahagún, Idem., Pág. 126).

Se nota con esto que ellos también asistían donde se enterraban sus muertos y que los acompañaban durante el día y la noche.

Por último se puede agregar que:

"Los ricos cantaban y bebían pulcre a honra de estos dioses y de sus difuntos; los pobres se hacían más que ofrecerles comida. (Idem. Pág. 200).

Con esta cita me pude dar cuenta por qué ha seguido tan arraigada la tradición de recordar a los muertos, con lo anterior dicho es más que claro que la gente en general lo practicaba y que los pobres eran los que le ponían comida a sus difuntos, en la actualidad es lo que la gente hace el día de muertos...

Con esto se puede ver que si sólo se hubiese practicado entre la gente rica, quizá ya se hubiera perdido la tradición.

Tlayacapan, Morelos.  
1991

# El tianguis grande en Yecapixtla

Rafael Gutiérrez Yáñez

Entre las innovaciones con carácter económico que ha tenido la gran feria del Tianguis Grande de Yecapixtla está la llamada "Feria de la Cecina" realizada por primera vez este año. Desde la llegada de los juegos mecánicos y tras ellos los gritos desaforados de los vendedores de losa producida en serie y de utensilios de cocina metálicos, no había habido cambio que afectara significativamente la tradicional feria. El sentido comercial de los últimos cambios, aunque afecta sensiblemente, no ha impedido que estén presentes los productos tradicionales de las ofrendas para los muertos: velas, copal, jarros, platos, candeleros y lo que se necesita para hacer las cajetas de la ce-

labaza, camote, las calabazas en tacha, el arroz con leche y otros platillos tradicionales, sin pasar por alto los moles de pipián y ajonjolí y el pan de muertos, desaparezan del mercado. Tal vez la baja más sensible es la del valor de nuestro dinero que sí afecta profundamente la economía del campesino, sostén principal de las tradiciones y de la identidad nacional; solidario principal de la identidad que nos permite todavía conservarnos como pueblo mexicano. El carácter religioso del origen de la feria impide que sectores oficiales con recursos económicos o el propio Estado tengan interés por el conocimiento y conservación de esta tradición. La misma iglesia

heredera de esta doble tradición de los muertos: la prehispánica y la cristiana, no desarrolla, como lo hicieran los primeros evangelizadores, aquellos aspectos de la cultura popular que pudiera vestir con ropas nuevas; el evangelio; y porqué no, con una nueva visión de la muerte no como premio o castigo de una vida futura a causa de etéreos pecados de abortos no comprendidos, de infidelidades obligadas, de rebeldías ante la injusticia o como premio a santidades malhabidas de quien ofrece dinero, que actualmente endulza con su sonido los finales de las misas, como de quines lo reciben a sanbiendas de ser dinero arrancado a empujones contra la vida. Premio o castigo por una

muerte que no es la de aquel "me uno a sus sentimientos" del velatorio sino una muerte diaria por substituir, por evitar la infelicidad, el desamor, la indiferencia la represión por malos pensamientos sociales de libertad; en fin el premio o castigo por la cotidiana muerte heroica por una salud mal repartida, por un pan dividido por contradictorias matemáticas, por una justicia, no la del significado original ahora un exilio civil y religioso ofertado y demandada en términos de mercado. Una visión de la muerte como una tragedia, un fracaso, un portazo obligado aunque fuera al cielo, una necesidad para que los reprimidos tengan recompensa, una concepción no sólo a Cristo,

también a los fundadores de otras visiones del mundo, en cierta forma una concepción antinatural.

Tal parece haber sido la concepción de la muerte en la antigüedad prehispánica que en Yecapixtla unió el intercambio comercial con la celebración de los muertos en la feria del Tianguis Grande, el de los muertos grandes, porque también existe el tianguis chiquito de los muertos chiquitos y que los evangelizadores pretridentinos entendieron, como los apóstoles habían entendido las culturas mediterráneas y reutilizaron el ritual para dar forma al evangelio. La destrucción de las culturas y su ladinización fueron frutos de "La verdadera conquista espiritual tridentina".

geniero Juan Dubernard. Con la recaudación monetaria de la Gran Plaza y de los gallos, se pade maquinarias. En aquella época concurrían todos los pueblos principales del Plan de Amilpas al gran día del jueves el último del mes de octubre. Ocu-gaba el castillo pirotécnico hasta de "Cuatro Cuerpos" que hacían los famosos coheteros de Huejot-zingo y el baile de la noche del tianguis. Por bailar decentemente no se cobraba a nadie un centavo; sólo se exigía moralidad, pantalón y zapatos a los señores. Era este baile como de agradecimiento para las personas que habían venido a honrar a Yecapixtla con su presencia. Sin duda alguna que el Tianguis de Yecapixtla sólo era superado por la feria de Tepalcingo y la del Segun-

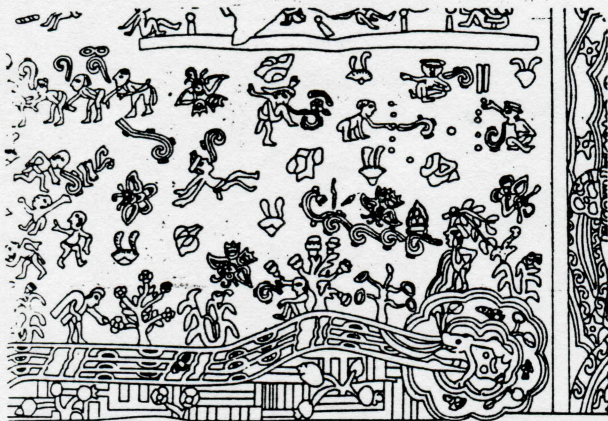
Muerte y vida



Rey San Pascual

ESTAMPA IMPRESA del Rey San Pascual que se vende con su correspondiente oración en los atrios de las iglesias de Guatemala. Sin fecha, ni pie de imprenta.

Después de la muerte



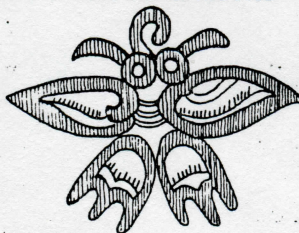
EL PARAISO Terrenal, mural de Tepantitla, seg. Pasztory 1976.

Pretendí hacer una introducción a lo que escribió un notable yecapixtleco don Juventino Pineda Enriquez, escrito que conservé en copia mecanoscrita que forma parte de una historia de Morelos en 659 cuartillas preparadas por don Juventino y que no pudo editada a pesar de reiteradas promesas oficiales; escrito que podría interesar al arquitecto Rafael Sánchez, exalumno mío en la escuela de Arquitectura y actual presidente municipal de Yecapixtla, con lo que se podría reivindicar el nombre de un sencillo historiador que, de funcionario importante relacionado con la cultura y la educación, al término de sus días tenía que rematar sus escritos como muerte diaria para subsistir. Digo, que pretendí sólo introducir breve texto del profesor Juventino acerca del Tianguis Grade y eso haré; se los dedico a los que desde la comodidad del poder pretenden hacer "Culturas Populares".

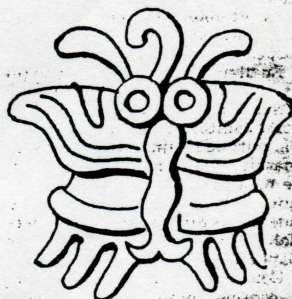
"El Tianguis Grande de Yecapixtla, el de aquel tiempo anterior a la Revolución, era muy diferente del que vemos ahora con sus ruedas de la fortuna y juegos rrian cuatro días de jaripeos de claro sello popularísimos que no describo aquí porque ya están explicados en mi obra 'En la vieja Tlainahuac' que le publicó el in-

do Viernes de Cuautla. Un cálculo aproximado ha fijado en ocho mil las personas que se reúnan en Yecapixtla en ese gran día. Era vendida entonces toda clase de comestibles, pulques finos y corrientes, vasijas, cacharros de barro de estilo primitivo es verdad, candeleros y 'popochcomitls' negros para las 'ofrendas' y como juegos sólo venían los caballitos, pero dentro de un jacalón estaban las mesas del Carcaman, los dados, la bolita y los primeros fonógrafos de tripas, cuya aguja corría sobre el cilindro que daba vueltas con la cuerda interior. No conocí circo que valieran la pena. Los que vinieron estaban formados por una sola familia. El padre era el 'Empresario' y el payaso, la esposa era la dama regañona de la pantomima, la hija era bailarina cantatriz indispensable en la pantomima final y dos chiquillos los cirqueros de la tierra que pasaban corriendo la pista inerrinterior solicitando el óbolo del público, siempre de cuerpecitos macilentos y entecos. Tal circo no tenía carpa y el alumbrado era de mecheros de petróleo. Un cirquero y payaso de este tiempo colgó los hábitos y se quedó a vivir en Yecapixtla y formó un hogar humilde. Me parece. Me parece que se llamaba Agapito Núñez".

Símbolos de la muerte



7.a Mariposa, mural de Tepantitla (ver fig. 5)



7.b Adorno de Teotihuacan, seg. Franco 1961.



7.c Anillos en la frente, figurilla teotihuacana, seg. Franco 1961.



7.d Seg. Selser, GA5, 1915.

Figura 7. Ojos de Mariposa y par de anillos como símbolo de la muerte.